

PROYECTO CEPAL/PNUMA  
ESTILOS DE DESARROLLO Y MEDIO  
AMBIENTE EN AMERICA LATINA

E/CEPAL/PROY.2/R.22  
Septiembre de 1979

Seminario Regional

Santiago de Chile, 19 al 23 de noviembre de 1979



BIOSFERA Y DESARROLLO

Raúl Prebisch

El autor es Director de la Revista de la CEPAL. Las opiniones expresadas en este estudio son de su exclusiva responsabilidad y pueden no coincidir con las de la organización a que pertenece.

RECEIVED  
JAN 15 1971

RECEIVED  
JAN 15 1971

THE STATE

OF CALIFORNIA

IN SENATE

JAN 15 1971

REPORT OF THE

Raúl Prebisch  
23 agosto 1979

BIOSFERA Y DESARROLLO

Oswaldo Sunkel ha solicitado mi colaboración en los trabajos sobre biósfera y estilos de desarrollo que dirige en el programa conjunto UNEP/CEPAL. He preparado las páginas que siguen para alentar la discusión sobre algunos aspectos muy importantes que conciernen al desarrollo.

I. Los problemas de la biósfera en el capitalismo

Es posible ahora ver más claro que antes en el desarrollo capitalista de los centros. El extraordinario impulso de los últimos decenios hasta tiempos recientes no es solamente consecuencia de un impresionante adelanto técnico sino también de la explotación irracional de recursos naturales, sobre todo del recurso energético que, a su vez, ha influido notablemente en la orientación de la técnica. Ha habido pues en el funcionamiento del sistema un elemento de falsedad de muy dramáticas consecuencias mundiales.

En todo ello ha sido de importancia decisiva el poder hegemónico de los centros en la periferia de la economía mundial, sobre todo, el de Estados Unidos, el principal centro dinámico del capitalismo. Los países exportadores de petróleo carecían de poder para contrarrestar esa hegemonía, si bien de tiempo atrás, tenían clara noción de que este recurso de su subsuelo se estaba malbaratando. Pero hubieran encontrado grandes resistencias en cualquier empeño de contener esta explotación desorbitada a pesar de su preocupación por el agotamiento de este valioso recurso.

Se venía percibiendo este hecho desde varios decenios atrás. Pero los países exportadores no pudieron tomar medidas para disminuir el ritmo del consumo. Hubieran encontrado una oposición invencible, dado ese poder de los grandes centros y sus transnacionales. Hollis Chenery, el distinguido economista vice-presidente del Banco Mundial, sostuvo en un artículo publicado poco después del alza inicial del petróleo que si los precios se hubieran elevado gradualmente, ante la evidencia de que este recurso no era ilimitado, el sistema económico mundial se hubiera adaptado sin mayores trastornos a este indispensable reajuste.<sup>1/</sup> Pero no funciona así el sistema, y los países exportadores sólo pudieron restringir concertadamente el crecimiento de la producción en una coyuntura internacional que les permitió adquirir poder y enfrentar el poder de los centros.

---

1/ "To put the point differently, the major consequences of the change in OPEC price policy stem more from its suddenness than from its magnitude. If the price of oil had reached its present level by a three per cent annual increase in its relative price over the past twenty-five years, the adjustments needed to accommodate this increase would have had little effect on world growth and indeed some benefit in directing behaviour patterns and technological efforts toward more efficient use of energy. Instead, the progressive cheapening of oil for twenty years led to its wasteful use --particularly in the United States-- and postponed the development of other energy sources. We are now faced with accelerated changes in consumption patterns and large investments for the development of non-OPEC sources of supply, in addition to financing the cost of the imports that will still be required.", Hollis B. Chenery, "Restructuring the World Economy", en World Development, Vol. 2, No. 10-12, Octubre-Diciembre 1974, pp. 1-9.

Si bien se reflexiona, la irracionalidad en la explotación del recurso energético se ha propagado a todo el sistema. El bajo costo del petróleo ha influido considerablemente en la investigación tecnológica orientándola hacia formas en extremo abusivas de empleo de este bien agotable y también de otros recursos naturales. Todo ello alentado por la distribución desigual del fruto de la creciente productividad de la técnica, dada la índole de la estructura social y sus mutaciones.

Pero no se trata de eso solamente. La investigación tecnológica, hasta tiempos recientes, no se había preocupado de los efectos adversos de la técnica sobre el medio ambiente.

Son pues muy graves las consecuencias del desarrollo sobre la biósfera: la depredación de recursos naturales agotables, sobre todo del recurso energético, y los fenómenos de contaminación de la atmósfera, los ríos y los mares así como el deterioro de recursos naturales que, a pesar de su carácter renovable no están exentos de los efectos adversos de la técnica. Trátase de hechos muy notorios, a los cuales hay que añadir los posibles y muy graves efectos sobre el clima de la creciente emanación del dióxido de carbono en la atmósfera.

Tal es la ambivalencia de la técnica: su enorme contribución al bienestar humano, gracias al aumento incesante de la productividad y, a la vez, sus graves consecuencias sobre la biósfera.

Filósofos y humanistas se vienen ocupando desde hace tiempo de las consecuencias psicosociales de la técnica. Pero los economistas han sido generalmente renuentes a insertar su ambivalencia en la interpretación de los fenómenos del desarrollo. La han considerado elemento exógeno, como

a los elementos políticos, sociales y culturales de la realidad. Preocupados por una peculiar asepsia doctrinaria, se han resistido a la inserción de estos elementos y de las mutuas relaciones que existen entre ellos en la dinámica del desarrollo.

Procuraremos en estas páginas insertar esos fenómenos de la técnica en el proceso de desarrollo. Desde luego, las grandes contradicciones de su ambivalencia escapan a la así llamada acción reguladora de las leyes del mercado: exige una acción deliberada para contrarrestarla. Frente a ellas: ¿podría seguirse afirmando que el juego irrestricto de las fuerzas del mercado lleva a la asignación correcta y eficaz de los recursos productivos? No niego, desde luego, la importancia del mercado. Pero tras del mercado hay estructuras que pervierten su funcionamiento.

Esa acción deliberada exige ineludiblemente introducir grandes reajustes en el funcionamiento del sistema. Se trata de reajustes de suyo muy importantes. Pero su necesidad se agrega a la de corregir los trastornos de considerable significación que venían ocurriendo antes de este planteamiento de los problemas de la biósfera.

Unos y otros son trastornos profundos en el funcionamiento del sistema. Van mucho más allá de los precios de la energía cuyos efectos acentúan la espiral inflacionaria que ya se desenvolvía con impresionante amplitud.

En verdad, la crisis de la energía y los demás problemas de la biósfera no podrán enfrentarse sin nuevas orientaciones en la investigación tecnológica y exigirán a la vez un esfuerzo considerable de acumulación de capital que sólo podrá realizarse a expensas del consumo o de su crecimiento: problema político de la mayor importancia. Comenzaremos por

lo primero, para abordar después el reajuste del consumo.

## II. La irracionalidad energética y la investigación tecnológica

La extracción irracional del recurso energético y su empleo abusivo, gracias a su baratura, como antes se dijo, ha orientado la investigación tecnológica hacia formas que han contribuido a una mayor irracionalidad en todo el ámbito del sistema, por un lado; y, por otro, hacia el deterioro del medio ambiente. He aquí las principales:

- Se ha desviado la investigación de otras fuentes de energía que ya se conocían pero que no había interés económico en desenvolver debido a los bajos precios del petróleo. Me refiero especialmente a la destilación del carbón y a la producción de gas o combustible líquido con recursos agrícolas o forestales. También se ha descuidado la energía solar. Ahora se está dando impulso a las investigaciones pertinentes teniendo en cuenta la necesidad de preservar el medio ambiente. Esto último es también objeto de gran preocupación tecnológica en materia de energía nuclear.

- No se han realizado suficientes investigaciones tendientes a economizar energía. Han adquirido importancia a raíz de la crisis del petróleo con resultados muy positivos, tanto en la producción industrial como en el transporte automotor. Por ejemplo, la compañía Ford ha llegado a un nuevo motor (el Proco) que reduce a la vez el consumo de gasolina y la contaminación del medio ambiente. ¿Por qué no se hizo antes esta innovación? La investigación tecnológica relativa a este último punto

se había dedicado más bien a producir vehículos de gran peso e intenso consumo de energía para aumentar su potencia, mientras se limitaba la velocidad en las grandes rutas.

- La investigación tecnológica ha logrado la substitución de fibras naturales y de la madera por material sintético y plástico, gracias a la baratura de la energía. Todo ello en desmedro del empleo de la fuerza de trabajo, especialmente en los países en desarrollo. No se ha orientado la investigación al mejoramiento de las condiciones del producto natural.

- En materia agrícola el bajo costo del petróleo trajo consigo la segunda revolución tecnológica al decir del Dr. Sauma, Director General de la FAO. <sup>1/</sup> Fue la revolución de la mecanización y del empleo de abonos y pesticidas de origen petroquímico. La primera consistió mucho tiempo atrás en una revolución de nuevos procedimientos biológicos, cuyo desenvolvimiento ulterior pierde el gran impulso que pudo haber tomado de no haberse tenido petróleo barato. Pues bien, según el Dr. Sauma, se está ahora en una tercera revolución que es precisamente de carácter biológico o que permitirá combinar sus enseñanzas con las de la segunda revolución.

Parecería haber grandes posibilidades de aumentar los rendimientos con procedimientos biológicos. Por ejemplo, el empleo de micro-organismos para fijar el nitrógeno en las plantas. Este y otros procedimientos,

---

<sup>1/</sup> Véase su exposición reciente en el Simposio organizado por las Naciones Unidas y el Gobierno Sueco acerca de Los recursos, el medio ambiente, la población y el desarrollo. Estocolmo, 6-14 de agosto de 1979.



además, darán lugar a un mayor empleo de mano de obra en la tierra mejorando los rendimientos por hectárea y por hombre. Hay que hacer trabajar los microbios en ésta y en otras posibilidades biológicas! Como también a los insectos! <sup>1/</sup>

No cabría negar las grandes ventajas de la mecanización. Pero en la periferia se ha exagerado en desmedro de la ocupación y no ha traído aumentos de rendimientos por hectárea sino por hombre. Se ha exagerado no solamente a consecuencia de los bajos precios del petróleo sino también porque el interés privado de los empresarios agrícolas --sobre todo de los grandes-- los empuja a la mecanización sin que el sistema pueda absorber toda la fuerza de trabajo que así se elimina: una parte importante queda redundante en los campos o desplaza su redundancia a las ciudades. En la medida en que ello ocurre, trátase de un verdadero desperdicio de fuerza de trabajo y de capital.

- En esta misma materia agrícola la investigación tecnológica ha tenido mucho menos interés en lo que concierne a las tierras tropicales que con respecto a las tierras templadas en donde se ha concentrado el progreso técnico. Se afirma que en la América Latina el 90% de las posibilidades de expansión de la superficie agrícola se encuentra en estas tierras. Muy poco se ha investigado, sin embargo, sobre el uso de los suelos, los productos más adecuados y su preservación en el caso de las tierras tropicales. En verdad, se trata, salvo algunos productos importantes en el

---

<sup>1/</sup> El New York Times de agosto 18 del presente año informa que en China se está desarrollando la crianza de ciertas arañas que cumplen el mismo papel que los insecticidas petroquímicos sin efectos ecológicos adversos.

comercio mundial, de una agricultura de pobres. Y no obstante el número creciente de pobres en el mundo, no tienen demanda suficiente para estimular el progreso técnico en el juego de las leyes del mercado.

No bastaría, sin embargo, dar gran impulso a la investigación tecnológica para atacar este grave problema humano. En buena hora ha surgido en los medios internacionales la preocupación por la agricultura de los pobres. Pero no podría resolverse este problema fuera del contexto del desarrollo. No podría resolverse sin acelerar el ritmo del producto y también la composición del producto social.

- Finalmente el considerable aumento de la productividad, basado en gran parte en los bajos precios del petróleo, ha tenido gran influencia en la investigación tecnológica orientada a la diversificación cada vez mayor de bienes y servicios, generalmente con desperdicio de energía y otros recursos. Una parte creciente de la acumulación de capital ha respondido a esta diversificación. Este capital no aumenta la productividad sino la eficacia de los bienes y su aptitud para responder a consideraciones de emulación y jerarquía social. Se trata de capital consuntivo y no reproductivo. Si su acumulación --tanto en la órbita de la actividad privada como la del Estado-- sobrepasa ciertos límites, ello incide desfavorablemente sobre la acumulación de capital reproductivo, en detrimento del ritmo de productividad.

No cabría comprender cabalmente la índole de este proceso sin tener en cuenta las grandes desigualdades en la distribución del ingreso. Conviene explicarlo brevemente.

### III. Diversificación incesante de bienes y servicios

En las primeras fases del desarrollo histórico del capitalismo el poder de los estratos superiores de la estructura social que concentraban una fuerte proporción de los medios productivos les permitió apropiarse de la mayor parte de los frutos del progreso técnico. Sin embargo, en fases ulteriores del desarrollo capitalista la fuerza de trabajo fue adquiriendo creciente capacidad redistributiva. En el curso de las mutaciones estructurales se fortaleció su poder para compartir con los estratos superiores el fruto de la mayor productividad, tanto en forma espontánea por el juego de las fuerzas del mercado como por su creciente organización sindical y gravitación política cuando dichas fuerzas no permitían hacerlo. Poder sindical para aumentar sus remuneraciones, poder político para conseguir del Estado oportunidades de empleo y servicios sociales.

Sin embargo, el aumento continuo de la productividad ha permitido a los estratos superiores mantener una elevada proporción en la distribución del ingreso a pesar de ese crecimiento del poder redistributivo de la fuerza de trabajo.

El aumento persistente del ingreso y esta desigualdad distributiva han contribuido notablemente a que la investigación tecnológica, según se hizo notar más arriba, se dirigiera a la diversificación incesante de bienes y servicios basada en el empleo intenso de energía y otros recursos no renovables. Gracias a esta diversificación (amparada por combinaciones oligopólicas de las empresas) se pudo alentar la demanda y captar el ingreso de los estratos desfavorecidos.

Al difundirse hacia abajo el fruto del progreso técnico, nuevos estratos sociales pudieron participar progresivamente en este proceso de diversificación, si bien con grandes desigualdades, en tanto que nuevas modalidades de consumo seguían estimulando la demanda de los estratos superiores. Proceso en el cual, a medida que se difunden los efectos positivos del desarrollo, se acentúan sus consecuencias adversas sobre la biósfera.

Tal es la dinámica de la sociedad consumista en el centro principal del capitalismo, de donde se extiende a los otros centros --que contribuyen a este fenómeno-- y a una periferia que se empeña de más en más en imitar estas pautas de consumo en detrimento de la equidad social del desarrollo, como se verá en otro lugar. Agrávase allí el fenómeno de inequidad con las consecuencias del extraordinario crecimiento de la población periférica: otra manifestación de la ambivalencia de la técnica que defiende y prolonga la vida humana en una estructura social muy diferente a la de los países de donde esa técnica ha surgido.

A su vez el portentoso desenvolvimiento de técnicas masivas de difusión social ha contribuido poderosamente a exaltar la sociedad de consumo. Aquí también presenciámos la ambivalencia de la técnica. Nadie podrá negar la notoria contribución de esas técnicas al bienestar humano. Pero sus efectos perniciosos son cada vez más evidentes en la manipulación continua de la así llamada "soberanía del consumidor".

Trátase de cambios culturales muy importantes que el adelanto de la técnica trae consigo. No sólo se trata de los problemas de la degradación de la biósfera, sino también de los valores humanos, del desplazamiento de valores esenciales por el predominio del valor del consumo. Agentes poderosos de la expansión de los mercados, aquellas técnicas masivas están

malogrando su enorme potencial de información objetiva, de esclarecimiento de los nuevos fenómenos de la vida colectiva y, sobre todo, de sus ingentes posibilidades de enriquecimiento cultural.

Hay otro aspecto muy significativo de la desigualdad social del capitalismo que no podríamos omitir aquí. Me pregunto si la congestión impresionante de las ciudades y la espantosa contaminación del medio ambiente se habría dado si el fruto del progreso técnico se hubiera difundido en toda la colectividad por el aumento de los ingresos o la baja de los precios, como lo habían imaginado los economistas neoclásicos. No cabe duda que las exigencias de la técnica requieren un cierto grado de concentración urbana, también impulsada por factores históricos y políticos. Pero la forma inicial de distribución del ingreso que caracteriza el desarrollo capitalista imprime más impulso a este fenómeno. En efecto, el incremento del ingreso se apropia en una u otra forma por los estratos superiores y origina un aumento de la demanda y la producción diversificada de bienes y servicios con el consiguiente acrecentamiento de la ocupación. Acrecentamiento que se cumple en buena parte atravesando fuerza de trabajo de los campos, pues la demanda de productos agrícolas, como bien se sabe, se desenvuelve con mucho menos intensidad que la de los bienes industriales producidos en las ciudades. Ha habido pues una tendencia hacia la centralización de la demanda y el empleo que no se hubiera dado con las mismas dimensiones de haberse difundido en otra forma los frutos del progreso técnico.

Son las grandes ciudades de la contaminación, de la congestión frenética del tránsito. Son las grandes ciudades deshumanizadas de donde desaparecen núcleos de convivencia arrastrados por la especialización funcional de la actividad urbana. No ha sido ajeno a ellos el automóvil en el cual también se revela notoriamente la ambivalencia de la técnica.

IV. Cambios en la composición del capital y ritmo de productividad

Como se expresó más arriba, en el crecimiento de la productividad ha existido un verdadero falseamiento debido a la depredación de las fuentes energéticas y al deterioro del medio ambiente. La corrección progresiva de este falseamiento requiere una considerable acumulación de capital, tanto para economizar energía y explotar nuevas fuentes, como para evitar la contaminación.

Se trata de una acumulación de gran utilidad social pero que no va a traducirse en aquellos aumentos incesantes de productividad económica que caracterizaron el desarrollo del capitalismo, sobre todo en su centro dinámico principal. Así pues, irá cambiando la composición del capital, esto es, subiendo la proporción del capital orientado a la protección de la biósfera, por decirlo así, y descendiendo la proporción de capital destinado a acrecentar la productividad económica. Este cambio de composición de capital tiene necesariamente que traer consigo una reducción del ritmo de aumento de la productividad media del sistema, y, por tanto, del producto global.

Es claro que si se aumentara la proporción del producto global que se destina a la acumulación --y no solo se cambiara la composición del capital, como antes se dijo-- habría que comprimir más fuertemente el ritmo del consumo. Habría que hacerlo ineludiblemente en un período de transición, durante el cual el ritmo del consumo sería inferior al ritmo de acumulación. Después de este período, sin embargo, ambos ritmos podrían igualarse. Téngase presente, sin embargo, que, en todo caso, el grado de

eficacia en las medidas de ahorro en energía tendrá gran influencia en el crecimiento del producto.

Este período de transición es precisamente cuando tendrán que introducirse aquellos grandes reajustes impuestos por la crisis del petróleo y la preservación del medio ambiente.

Período tanto más difícil cuando en los Estados Unidos ya se venía dando una disminución de la productividad media que es objeto de gran preocupación. Diversas explicaciones se dan a este hecho, pero supongo que tiene gran influencia otro cambio muy importante en la composición del capital. No me refiero solamente al capital consuntivo que responde a la creciente diversificación de bienes y servicios, sino también a la acumulación ingente que requiere la fabricación de armamentos. Como quiera que fuere su significación en la defensa nacional, es evidente que este capital contribuye al descenso de la productividad media en el conjunto de la economía, si bien es cierto que las investigaciones tecnológicas en materia de defensa nacional han tenido ponderable influencia en el acrecentamiento de la productividad del sistema.

Voviendo ahora al ritmo del consumo, hay que reconocer que los economistas neoclásicos preconizan medidas muy claras y simples para conseguirlo. Así el premio Nobel Milton Friedman nos viene diciendo en sus artículos <sup>1/</sup> que hay que elevar sin contemplaciones el precio del petróleo producido en los Estados Unidos equiparándolo al importado, a fin de lograr dos objetivos simultáneos: disminuir el consumo y brindar a las empresas los medios financieros necesarios para desenvolver nuevas fuentes energéticas.

---

<sup>1/</sup> Publicados en Newsweek.

Examinemos la significación de esta idea que cautiva desde luego a las transnacionales petroleras. Significa una enorme redistribución regresiva del ingreso. La fuerza de trabajo no solamente tendrá que pagar el aumento del precio del petróleo importado sino también el del petróleo nacional de los Estados Unidos si se eliminan los controles actuales. ¿Pero por qué las ganancias extraordinarias que esto último traería consigo irán a aumentar la concentración de la riqueza en los estratos superiores de la estructura social?

Es claro que el alza de los precios se impone para restringir el consumo y alentar el desenvolvimiento de otras formas de energía. Es claro también que se necesita ineludiblemente substituir importaciones de petróleo por el desenvolvimiento de otras formas de energía y reducir las extravagancias del consumo. Pero lo que no está claro es que para lograr la acumulación necesaria tenga que comprimirse el consumo de la mayor parte de la población a fin de acumular y acrecentar el capital de los estratos superiores. ¿se recurrirá también al mismo procedimiento para realizar las grandes inversiones requeridas por la preservación del medio ambiente?

La fuerza de trabajo se resiste a admitirlo. Ha adquirido un poder sindical y político que le permite resarcirse del alza de los precios mediante la elevación de sus remuneraciones. Bien sabemos, sin embargo, que esto no permite resolver el problema. El desenlace es la espiral inflacionaria, más bien dicho, la acentuación de la espiral que ya se venía desarrollando en el sistema.



En realidad, los mecanismos de distribución del fruto del progreso técnico y de acumulación de capital se han vuelto obsoletos. Respondían muy bien al poder hegemónico de los centros sobre la periferia y especialmente sobre los países productores de petróleo que han adquirido ahora un poder considerable. Y respondían asimismo al poder hegemónico interno de quienes concentran en sus manos la mayor parte de los medios productivos y de quienes están estrechamente vinculados a ellos en los estratos superiores. Pero a ese poder se contraponen de más en más el poder sindical y político de la fuerza de trabajo. Y no tiene otra salida el sistema, dado esos mecanismos, que la espiral inflacionaria. Una espiral que escapa a los cánones de la ortodoxia fiscal y monetaria.

Tal es la crisis del capitalismo, sobre todo en el centro dinámico principal. Crisis que va a agravar las enormes dificultades que ya venía experimentando el capitalismo periférico, mucho antes del alza del petróleo.

No olvidemos, sin embargo, que el capitalismo no es aquel caballo cansado que imaginaba en su euforia Nikita Krushev. Tiene un gran empuje, una considerable fuerza creadora impulsada por continuas innovaciones tecnológicas que en parte se han originado en la investigación con fines espaciales y militares. Más aún, hay innovaciones que apenas han comenzado a aplicarse, como la introducción de la electrónica en los procesos productivos. La difusión de éstas y otras técnicas podría elevar el ritmo de aumento de la productividad y compensar en esta forma, o acaso superar con el andar del tiempo las consecuencias adversas del reajuste del sistema.

Sin embargo, ellos no podría ocurrir mientras no se logren resultados concretos en la economía de energía y en el desenvolvimiento de sucedáneos. Nunca se había dado antes un freno tan poderoso al desarrollo capitalista.

He procurado insertar estos fenómenos en una visión de conjunto, muy escueta por cierto, y he debido hacer afirmaciones cuya significación no podría comprenderse sin una explicación de la forma en que funciona el mecanismo de acumulación y distribución del sistema. Es lo que me propongo abordar ahora: aventura un tanto arriesgada, pues empleo instrumentos de análisis similares a los que he venido usando en mi crítica al capitalismo periférico. Y acaso incurra en serias equivocaciones al pretender interpretar estas vicisitudes del capitalismo desarrollado bajo el prisma de la periferia, equivocaciones acaso menores que las que ciertos economistas de los centros cometen al dictaminar sobre los fenómenos de la periferia. En realidad, no podríamos esclarecer los problemas que están surgiendo en ella sin este esfuerzo de interpretar los graves problemas que, por su propia dinámica, han surgido en el desenvolvimiento del centro dinámico principal.

#### V. Los mecanismos de acumulación y distribución y la crisis del capitalismo

Voy a partir del concepto del excedente económico. Es la parte del fruto del progreso técnico --de sucesivos aumentos de productividad-- que queda en poder de los propietarios de los medios productivos, sobre todo de quienes concentran la mayor proporción de ellos en los estratos superiores de la estructura social. El excedente se manifiesta en la ganancia de las empresas; si bien hay ciertas diferencias entre ambos conceptos de los que podríamos prescindir en este trabajo.

Se trata de un fenómeno esencialmente estructural en el desarrollo capitalista. Procuraré explicarlo escuetamente. El desarrollo requiere acrecentar continuamente la acumulación de capital reproductivo a fin de aumentar la ocupación de fuerza de trabajo --en su sentido más amplio-- con técnicas de creciente productividad. En este proceso hay un fenómeno característico de competencia regresiva, sobre todo en las primeras fases del desarrollo: gran parte de la fuerza de trabajo que se emplea no tiene capacidad espontánea en el juego del mercado para aumentar sus remuneraciones correlativamente a la mayor productividad, pues se lo impide la competencia de la fuerza de trabajo que queda empleada en capas técnicas precedentes de inferior productividad o que se encuentra desocupada. Sólo tienen esa capacidad espontánea de participar en el fruto aquellos miembros de la fuerza de trabajo que disponen de las calificaciones cada vez mayores exigidas por el adelantamiento de la técnica (sobre todo los ejecutivos de las grandes empresas).

En fases ulteriores del desarrollo capitalista de los centros y conforme ocurren mutaciones en su estructura social han sobrevenido tres fenómenos que fortalecen la capacidad de participación de la fuerza de trabajo en el fruto de la creciente productividad:

- aumento de la proporción de la fuerza de trabajo con aquellas crecientes calificaciones;
- disminución progresiva de la fuerza de trabajo en capas de inferior productividad (proceso de homogeneización de la técnica);
- creciente poder sindical y político de la fuerza de trabajo.

Asimismo, el Estado tiende a participar cada vez más en el fruto del progreso técnico a fin de satisfacer el crecimiento de sus servicios, tanto los sociales como los generales y de defensa nacional. Para estos servicios el Estado emplea directamente fuerza de trabajo o lo hace directamente, insumiendo bienes y servicios que la fuerza de trabajo produce y que no son necesarios para el desenvolvimiento de sus funciones.

Para que todo ello pueda cumplirse regularmente es indispensable que la productividad crezca en forma continua.

El excedente está pues sujeto a dos movimientos opuestos. Por un lado, aumenta por ese crecimiento de la productividad y, por otro, disminuye por la participación en su cuantía de la fuerza de trabajo, gracias a su poder sindical y político, y por el crecimiento de los servicios del Estado.

En la dinámica del desarrollo se ejercen en esta forma dos grandes presiones sobre el excedente: la de la fuerza de trabajo y la del Estado. El desenvolvimiento regular del sistema requiere que haya compatibilidad entre esas dos grandes presiones entre sí y entre ellas y el crecimiento continuo del excedente, gracias a aumentos sucesivos de productividad.

No hay nada en la fase avanzada en que se encuentra el sistema en los centros que tienda a conseguir tales relaciones de compatibilidad, aún antes de que en el centro principal los gastos de defensa nacional hubieran contribuido a la inflación.

Reflexiónese en que el poder sindical y político que ha adquirido la fuerza de trabajo a fin de participar en el fruto del progreso técnico es un fenómeno que ha alcanzado intensidad en fases recientes del desarrollo capitalista.

Mientras era débil, o no existía ese poder, se concibe que la presión de los servicios del Estado haya podido ejercerse mediante el impuesto y sin afectar al excedente, a expensas del crecimiento de las remuneraciones de la fuerza de trabajo o aun del nivel que hubieran logrado.

El poder político de los estratos superiores era suficiente para defender la dinámica del excedente. Al contraponerse ahora a este poder sindical y político de la fuerza de trabajo, ésta consigue resarcirse del menoscabo de sus remuneraciones trasladando sobre el excedente las consecuencias de la carga impositiva.

Ha ocurrido pues un cambio de gran significación vinculado a las mutaciones de la estructura social. Así pues, en el desenvolvimiento del sistema, aquella doble presión, cuando tiende a sobrepasar los aumentos de productividad, termina por satisfacerse en desmedro del crecimiento del excedente.

El crecimiento del excedente, sin embargo, es condición esencial de la dinámica del sistema a fin de acrecentar continuamente la acumulación y el consumo de los estratos superiores. Si se debilita el crecimiento surgen consecuencias que comprometen esa dinámica. Las empresas reaccionan entonces mediante el alza de precios para restablecer el crecimiento del excedente. Y el alza de precios trae a su vez la contrarreacción de la fuerza de trabajo para resarcirse con el aumento de remuneraciones. Así comienza la espiral.

Bien pudiera ser que la inflación moderada que ha ocurrido en los Estados Unidos antes de adquirir gran amplitud el déficit del Estado se haya debido a este fenómeno. No obedece en verdad el mecanismo de acumulación y

distribución a ningún principio regulador. Ni hay en este mecanismo resortes que lleven a compensar espontáneamente la disminución del ritmo de crecimiento del excedente, ni por supuesto su disminución, con el aumento de la acumulación productiva realizada por la misma fuerza de trabajo o por el Estado.

Han de comprenderse ahora las consecuencias de los fenómenos que explicamos en otro lugar:

- por un lado, ha disminuído el ritmo de crecimiento medio de la productividad debilitando la dinámica del crecimiento, sobre todo --según supongo-- por las inversiones consuntivas destinadas a la diversificación de bienes y servicios así como las inversiones en la fabricación de armamentos, y las que se realizan para defender el medio ambiente. A todo lo cual se agregan ahora las inversiones para enfrentar la crisis energética, con análogos efectos que las anteriores.

- por otro lado, los aumentos de costos y precios de los bienes y servicios provocado por el encarecimiento de la energía y las medidas defensivas relativas al medio ambiente recaen también en última instancia sobre el excedente, dado el poder de la fuerza de trabajo.

El desenlace de estos fenómenos es obviamente la acentuación de la espiral inflacionaria.

## VI. El déficit fiscal y la inflación

El Estado, por comprensibles razones políticas, ha sido renuente al aumento de impuestos y ha tenido que recurrir a la expansión monetaria para cubrir el déficit fiscal. Sin embargo, de haberlo hecho, las consecuencias

también hubieran sido en gran parte inflacionarias. En efecto, si los impuestos hubiesen recaído en una u otra forma sobre la fuerza de trabajo, ésta hubiera tratado de resarcirse mediante el aumento de sus remuneraciones en desmedro del excedente, como se dijo anteriormente, y ello habría traído consigo el alza de precios. Las empresas se habrían defendido en la misma forma si los impuestos hubieran gravado directamente al excedente.

Como quiera que fuere, el financiamiento inflacionario del déficit ha provocado el alza de los precios, y con el alza insuficiente de las remuneraciones, se ha acentuado considerablemente la espiral inflacionaria que ya venía desenvolviéndose moderadamente. Y a todo ello se agrega aquel nuevo impulso inflacionario provocado por la crisis energética y la defensa del medio ambiente.

Sin embargo, estas diferentes presiones se han aliviado gracias a que una parte de la expansión inflacionaria de la demanda debida al déficit fiscal ha podido satisfacerse con el incremento de las importaciones generales, esto es, a expensas del producto bruto del resto del mundo. En las dimensiones de este hecho, agravado con el aumento de las importaciones de petróleo y su considerable recargo de valor, ha influido considerablemente la distribución regresiva del ingreso que ha acompañado a la inflación. Así, ha crecido intensamente la importación de aquellos bienes hacia los cuales se dirige preferentemente la demanda de los grupos sociales favorecidos por la inflación, sobre todo en desmedro del consumo de los grupos sociales de menor poder redistributivo y defensivo.

Este crecimiento de las importaciones por sobre las exportaciones y otros recursos exteriores, ha sido el factor más importante en el déficit crónico del balance de pagos de los Estados Unidos. Y a ello se agregan las inversiones de las transnacionales en el exterior en la medida en que no fueron cubiertas con sus propias ganancias externas.

Expresado esto en otra forma, la expansión de los gastos del Estado no se ha cubierto en detrimento del consumo --salvo el consumo de los grupos sociales perjudicados-- sino que se ha superpuesto a él y a las inversiones privadas. Y el exceso consiguiente de la demanda en relación al producto interno ha desbordado hacia afuera y se ha satisfecho con parte del producto del resto del mundo, según acaba de anotarse.

#### VII. La propagación internacional de la inflación

La presión inflacionaria interna se ha desviado sobre todo a los centros que como Alemania Occidental y Japón han sido favorecidos por el crecimiento inflacionario de la demanda en el centro principal. Estos países suministraron bienes y recibieron en su lugar signos monetarios que sólo en parte se emplearon a su vez en adquirir importaciones en los Estados Unidos. ¿Por qué ha sucedido así? ¿Por qué esos países con superávit no acrecentaron sus compras en aquel país a fin de cubrir su déficit exterior?

Trataré de explicar en forma simple este complejo fenómeno de tanta importancia mundial.

El crecimiento de las exportaciones de los países favorecidos por la expansión inflacionaria de la demanda en los Estados Unidos aumenta los ingresos internos de aquéllos y estimula la demanda de bienes y servicios.



Para satisfacer esta demanda creciente las empresas tratan de elevar su producción. Para ello necesitan acrecentar la cuantía de ingresos que pagan a los factores productivos en el curso de la producción en proceso y acuden para ello al crédito bancario. Ello es inevitable en la forma en que funciona el sistema.

Así pues, a la expansión primaria de ingresos provocada por las exportaciones, se agrega esta expansión secundaria de ingresos. Tiende en esta forma a crecer la demanda interna con más celeridad que la oferta de bienes finales que va naturalmente a la zaga de la producción en proceso. A la presión inflacionaria de origen interno se agrega pues la presión interna.

Es comprensible que, en tales circunstancias, las autoridades monetarias de los países exportadores resuelvan frenar la expansión crediticia. Se encuentran en realidad frente a un serio dilema: mantener o acelerar, según los casos, el ritmo de crecimiento de la economía dejando subir los precios más allá del límite que se considera apropiado, o moderar aquel ritmo para contener la inflación.

Las consecuencias exteriores de esto último son muy importantes. En efecto, este menor ritmo de crecimiento no permite que las importaciones se acrecienten en la medida necesaria para alcanzar al crecimiento de las exportaciones o superarlo, utilizando así las reservas monetarias acumuladas.

Esta política monetaria de moderación, si bien no contribuye al equilibrio del balance de pagos de los Estados Unidos, tiende a atenuar la intensidad de la inflación mundial: contiene la inflación en los países

con superávit y al mismo tiempo evita que aumente su intensidad en aquel otro país responsable de la inversión. Si una expansión desmesurada del crédito de los países exportadores acrecentara sus importaciones volverían los dólares de sus reservas al país de donde salieron, esto es, a los Estados Unidos, dando así más impulso a la inflación.

La autoridad monetaria de los Estados Unidos se encuentra también ante la necesidad de contener la expansión secundaria de los ingresos, no siéndole posible restringir la expansión primaria originada en el déficit fiscal. Esto último implicaría intervenir en decisiones fundamentales acerca de los gastos del Estado, que sólo el órgano político puede adoptar. Pues bien, cuando el alza inflacionaria de los precios excede cierto límite, la autoridad monetaria emplea sus instrumentos para frenar la expansión secundaria. Trátase del mismo dilema a que nos hemos referido más arriba y se opta por reducir el ritmo de crecimiento de la economía.

Como quiera que fuere, el receso de la economía provocado tanto en el centro principal como en los otros centros por la restricción monetaria, significa sacrificar el crecimiento del producto que pudiera haberse logrado en condiciones no inflacionarias. Nos encontramos de este modo frente a una situación paradójal. En el empeño por reducir el crecimiento del consumo privado y social a fin de permitir la realización de grandes gastos del Estado mediante expedientes inflacionarios, el receso de la economía termina por traer consigo esa reducción del ritmo de crecimiento del producto o aún su contracción. Lo cual contribuye a dar mayor intensidad a la incidencia inflacionaria de aquellos gastos.

### VIII. La crisis del capitalismo en el centro principal

A la luz de lo que se ha expuesto anteriormente, no hay dudas de que el capitalismo, sobre todo en su centro dinámico principal, está atravesando por una seria crisis. Sostener que el alza de los precios del petróleo ha traído esta crisis, es ignorar que ya venía desenvolviéndose. Los trastornos del petróleo la han agravado, y las medidas para preservar el medio ambiente tendrán análogas consecuencias. Conviene resumir nuestras explicaciones a riesgo de alguna repetición.

Las inversiones para desenvolver nuevas fuentes de energía, así como esas otras exigidas por el medio ambiente, no obstante su gran significación social, traerán una disminución del ritmo de crecimiento medio de la productividad y del producto global debilitando el ritmo de crecimiento del excedente.

Por otro lado, los aumentos de los costos y precios de los bienes y servicios debido al encarecimiento de la energía y la preservación del medio ambiente, tenderán a trasladarse a las empresas en desmedro del excedente.

Dada la forma en que funciona el sistema, las empresas tratarán de restablecer la dinámica del excedente mediante el alza de los precios. Pero ello no resuelve el problema.

El problema consiste en mantener, sino aumentar, el ritmo de acumulación mientras disminuye el ritmo de la productividad y el producto global. Y no hay forma de hacerlo sino comprimiendo el ritmo del consumo. Es cierto que grandes innovaciones tecnológicas, como la electrónica, por ejemplo, podrían dar nuevo impulso a la productividad, en el curso del tiempo. En la medida en que se consiguiera frenar el consumo en la espiral inflacionaria, será con gran inequidad social.

Téngase en cuenta, además, que antes de la crisis energética ya venía disminuyendo el ritmo de la productividad y mientras ello venía ocurriendo ha continuado desenvolviéndose, sino aumentando, la presión redistributiva de la fuerza de trabajo.

Así pues, esos dos factores combinados han contribuido a debilitar la dinámica del excedente, antes de las medidas exigidas por la biósfera. Y explican, en consecuencia, la tendencia del sistema a la espiral cuando se fortalece el poder sindical y político de la fuerza de trabajo.

Hay que reconocer, sin embargo, que lo que ha dado gran impulso a la espiral inflacionaria en los Estados Unidos ha sido y sigue siendo el déficit fiscal. La tentativa de contenerla restringiendo el crédito de las empresas, tiene efectos adversos sobre el ritmo de crecimiento del producto que acentúan las consecuencias de las inversiones que no contribuyen directamente al aumento de la productividad.

Tal es la crisis de un sistema que, sin embargo, tiene un enorme potencial dinámico: una extraordinaria capacidad tecnológica y un considerable empuje empresarial. Me inclino a creer que la falla más importante está en el mecanismo de acumulación y distribución. Es un mecanismo obsoleto. No responde a los cambios internos en la composición del poder ni tampoco a las consecuencias del cambio externo que ha ocurrido cuando al poder hegemónico de los centros se ha contrapuesto por primera vez en el desarrollo capitalista el poder de una parte de la periferia.

### IX. Reflexiones sobre la crisis

No creo que se haya logrado aun en la opinión pública del centro principal ni en los movimientos políticos una clara conciencia de estos problemas y de los grandes reajustes que se imponen en el funcionamiento del sistema.

Tampoco se ha llegado a un consenso entre los economistas. Siguen empeñados por lo general en interpretar el desarrollo bajo el prisma de una simple teoría económica, y no de una teoría global que abarque los diferentes elementos de la compleja realidad del desarrollo. Más aun, suelen complacerse en proclamar sus diferencias antes que buscar zonas de coincidencia. Compréndese el desconcierto de Kenneth Galbraith que hace poco tiempo se expresaba así en una carta al New York Times (mayo 7, 1979). En ella manifiesta su extrañeza ante cierta resignación fatalista de economistas oficiales de los Estados Unidos frente al agravamiento de la inflación. Y se pregunta: "Para qué necesitamos economistas en esas circunstancias? No es posible que mis colegas crean que sólo se les necesita para decirnos que las cosas están empeorando y que nada puede hacerse. ¿Es que mis amigos están tan carentes de orgullo profesional que no tienen el sentido de lo que significa fracasar?"

Por lo demás, frente a la perspectiva de agotamiento del petróleo y el deterioro del medio ambiente, compréndese la perplejidad de gran número de economistas para los cuales era inquebrantable artículo de fe la eficaz utilización de los recursos productivos mediante el libre juego de las leyes del mercado.

Tampoco ha de sorprender que la opinión pública no hubiera favorecido desde comienzos de la crisis del petróleo la adopción de medidas eficaces para hacerle frente. <sup>1/</sup> Las importaciones de petróleo de los Estados Unidos subieron en volumen físico en un 31% entre 1973 y 1978. Muy difícil resulta sin duda para un país tan poderoso reconocer el surgimiento del poder de los países exportadores de petróleo. Se predijo insistentemente que el así llamado cartel de los productores no podría mantenerse.

Sin embargo, de tiempo en tiempo aflora una reflexión sensata. Recuerdo un columnista del Washington Post que hace algunos meses comparaba la decisión de OPEP de restringir el crecimiento de la producción para apoyar la elevación de los precios con la decisión del Gobierno de los Estados Unidos de restringir la producción de granos, a fin de conseguir un objetivo similar en el plano internacional. Sólo que la actitud de los productores de petróleo respondía al propósito - largamente concebido - de evitar que se siguiera malbaratando un recurso energético agotable. Por lo demás, a pesar de los bajos precios, las ganancias de las compañías transnacionales fueron muy cuantiosas, por la gran expansión de la producción y permitieron financiar holgadamente sus inversiones nacionales e internacionales al margen, en gran parte, del desarrollo de los países productores.

No faltaron voces esclarecidas en el campo de la OPEP que desde 1973 manifestaron su honda preocupación por la falta de medidas eficaces para contener el incremento de consumo de los grandes centros.

---

<sup>1/</sup> Escribo estas líneas en momentos en que el Presidente Carter hace un dramático llamado a la opinión pública de su país para enfrentar la crisis energética.

Frente a estos hechos sigue siendo ilusoria la posibilidad de un acuerdo entre OPEP y los grandes países consumidores, tanto más cuando intervienen factores políticos que complican el problema. La espiral interna se ha propagado así al campo internacional. La inflación de Estados Unidos ya venía degradando los precios reales del petróleo mucho antes de 1973. Y la elevación de precios en este año dio más impulso a la inflación, con lo cual los precios reales del petróleo sufrieron un nuevo deterioro a la vez que disminuía el valor real de las reservas monetarias en dólares de los países productores. Compréndese, pues, que los países exportadores hayan vuelto a elevar los precios. La espiral internacional está pues estrechamente vinculada a la espiral interna.

Pero la espiral no es una solución ni en el campo internacional ni en el campo interno. Volvamos ahora a este último.

Como antes se dijo, no sería posible eliminar la espiral inflacionaria - cualquiera que fuera su origen - sin comprimir el consumo o el ritmo de incremento del consumo. Aparte de los medios técnicos para hacerlo, el problema político que ello presenta es sumamente serio. ¿Cómo va a incidir este reajuste sobre los distintos estratos sociales? ¿Cómo va a afectar la acumulación de capital?

Por donde surge una pregunta cuya significación es evidente. ¿Serían aceptables para la fuerza de trabajo esas restricciones al consumo mientras los propietarios de los medios productivos sigan acrecentando la acumulación y por consiguiente la concentración de riqueza en sus manos?

¿Se conciben otras formas de acumulación que permitan combinar la equidad con la dinámica del sistema?

Como quiera que se conciban, significarían un cambio muy importante en el mecanismo de acumulación y distribución. Este mecanismo sigue profundamente arraigado en la estructura social a pesar de las grandes mutaciones que ésta ha experimentado. Los obstáculos políticos son formidables. Basta recordar que las grandes empresas, especialmente las que tienen una posición clave en la economía, suelen proclamar sin ambages la necesidad de elevar los precios para acrecentar su propia acumulación. Muy lejos se está de cualquier otra idea de acumulación, sea del Estado o sea acumulación social. ¿No hemos visto recientemente a las empresas petroleras protestar violentamente contra la iniciativa del Presidente Carter de captar mediante el impuesto una parte de las ganancias extraordinarias que aquéllas lograron por la elevación de los precios a los consumidores?

Hay que reconocer que hasta ahora se ha ido a la deriva frente a esta crisis del capitalismo. Se trata de una crisis muy diferente de aquella gran depresión de los años treinta, pero a mi juicio mucho más seria por los grandes obstáculos de todo orden que se oponen a una solución.

¿Qué han hecho los grandes centros frente a las severas advertencias del Club de Roma? No cabe duda que no obstante sus fallas y exageraciones, sobre todo en sus primeros tiempos, el Club de Roma presentó un problema real, que ahora se plantea dramáticamente con la crisis de energía. Le corresponde el gran mérito de desencadenar una oportunísima controversia.



Pero no hay mucho que pueda mencionarse a manera de respuesta de los centros. Preocupáronse notoriamente por el aumento extraordinario de la población, sobre todo en los países en desarrollo. ¿Cómo no habrían de hacerlo dadas las consecuencias adversas que ello tendría sobre los recursos naturales agotables y también los renovables? Por cierto, la mayor parte de esos recursos se consume actualmente en los centros. Pero, ¿qué sucedería si el desarrollo de la periferia la llevara a participar en forma creciente en el empleo de esos recursos? No digo que la oposición a un planteamiento semejante, inspirado primordialmente en el interés de los centros, pueda explicar la renuencia muy lamentable de gran parte de la periferia, sobre todo de la América Latina, a tomar medidas para restringir la natalidad. Ha habido otros factores que se opusieron a ello. Creo, sin embargo, que los centros no supieron presentar las medidas demográficas dentro del contexto de una amplia política de cooperación internacional. Más bien preconizaron esas medidas para evitar esta política. Recuérdese que algún eminente hombre político de Estados Unidos, a fin de eludir tal responsabilidad, no dejó de señalar que un dólar gastado en control de la natalidad equivalía a mil dólares de aporte de recursos financieros internacionales!

Hasta tiempos recientes hubo gran oposición, por lo demás, a que las instituciones de crédito internacional hicieran préstamos a países en desarrollo a fin de explotar sus propios recursos naturales. ¿Cómo penetrar en el campo reservado por excelencia a las transnacionales?

Tuve alguna vez la esperanza de que llegara a formularse una nueva política cuando el Secretario de Estado, Doctor Kissinger, presentó en la UNCTAD IV en Nairobi (5 - 31 de mayo de 1976), el

esbozo de la creación de un banco de recursos naturales. No llegó a concretarse esta iniciativa, presentada a último momento y sin mayor preparación, cuando precisamente se discutía el programa de estabilización de productos básicos.

Como quiera que fuere, el Dr. Kissinger manifestó posteriormente, en una reunión de hombres de negocios en Nueva York, que su propósito era obtener recursos naturales a bajo precio. Ello sucedía cuando ya había ocurrido la crisis del petróleo, esto es, cuando ya se experimentaban las consecuencias tan adversas de haber malbaratado un recurso natural agotable. Episodio éste que, tratándose de un hombre de la envergadura del Dr. Kissinger, comprueba una vez más la falta de visión de los grandes centros frente a los serios problemas del desarrollo periférico. Y también, por añadidura, la falta de visión - o si se quiere, de previsión - frente a problemas fundamentales de los mismos centros.

¿Será necesario que se agudice la crisis del capitalismo de éstos últimos con su grave incidencia sobre la periferia, para que surja esa nueva visión y se abra el paso a grandes reajustes en el sistema?

#### X. El desarrollo periférico y los problemas de la biósfera

Los muy serios acontecimientos del petróleo están desvaneciendo en los centros, especialmente en el centro principal, una pertinaz ilusión. La ilusión de que apoyados en su poder hegemónico y valiéndose de su superioridad técnica y financiera podrían continuar explotando indefinidamente y a bajos precios los recursos naturales de la periferia.

Ahora se está viendo claro en todo esto, como decíamos al comenzar este trabajo. El caso del petróleo es sumamente revelador. Su explotación irracional ha privado a los países exportadores de cuantiosos medios financieros que hubieran podido emplear en su propio desarrollo a fin de emanciparse con el andar del tiempo de un recurso que se agotaría. Pero también ha terminado por perjudicar a los mismos centros, según hemos explicado en páginas precedentes. Las ventajas inmediatas de un recurso energético que durante largo tiempo estuvo malbaratándose ha introducido en el desarrollo capitalista de los centros un fuerte elemento de falsedad. Falsedad en la orientación de la técnica. Falsedad en el extraordinario crecimiento de la productividad a expensas de la biósfera.

Todo ello ha agravado lo que ya venía ocurriendo en el desarrollo de los centros. Será muy difícil, pero de ningún modo imposible, superar la crisis y será necesario un período de transición más o menos largo para lograrlo. Mientras tanto, las consecuencias de esta crisis serán muy adversas a la periferia.

Con todo los males inherentes, las crisis también suelen tener alguna virtud. La virtud de ofrecer algunas enseñanzas. Acaso estas enseñanzas contribuyan también a disipar otras ilusiones. La ilusión en la periferia - me limitaré a la periferia latinoamericana - de que el capitalismo podría desarrollarse a la imagen y semejanza de los centros y reproducir allí el modelo de estos últimos. Y, asimismo, la ilusión en los centros de que, bajo el signo de su hegemonía podrían continuar articulándose cada vez más estrechamente a un desarrollo imitativo basado en una flagrante inequidad social y sujeto a nuevas y pretéritas relaciones de dependencia.

Han creído los centros en el poder expansivo de su capitalismo, en su capacidad para extender planetariamente las ventajas de la técnica. Pero tras de ciertas creencias suele haber grandes intereses de visión generalmente inmediata. Este interés inmediato ha llevado a aquéllos a empujar a sus transnacionales a penetrar desmesuradamente en la periferia y promover y exaltar allí la sociedad privilegiada de consumo, sembrando con euforia y cosechando abundantemente. Han proclamado las excelencias del "American way of life" ante una periferia ávida de este género de seducciones.

Es verdad, sin embargo, que la sociedad privilegiada de consumo no podría haberse dado sin una estructura social que al favorecer la inequidad distributiva, imprime al desarrollo un sentido socialmente excluyente y conflictivo. Sorpréndense ahora los centros de estos fenómenos obstinados del capitalismo imitativo de la periferia, en cuyo favor han jugado todas sus cartas y lo han hecho, además, con grandes incongruencias.

Pues bien, al perseguir el designio de desarrollarse a imagen y semejanza de los centros, han surgido en la periferia los mismos problemas que la biósfera está planteando en los centros. Es evidente que la imitación de las formas de consumo de estos últimos tenía también que traer consigo el empleo irresponsable de recursos naturales, aunque con mucho menor intensidad que en los centros. Asimismo, la creciente concentración urbana presenta fenómenos muy agudos de contaminación comparables a los de los grandes centros.

Esto ha venido a complicar muy seriamente las contradicciones que presentaba cada vez más agudamente el capitalismo imitativo. Y a ello se agregan las consecuencias adversas de la crisis de los centros. Trataremos ahora de explicarlo.

Ante todo, la incidencia del problema energético y de la preservación del medio ambiente sobre la acumulación de capital. Lo mismo que en los centros será necesario cambiar su composición. Pero si este cambio se realiza sin elevar el ritmo de acumulación, descenderá también en la periferia el ritmo de crecimiento de la productividad y el producto global con muy serias consecuencias económicas y sociales. Y también políticas.

Dicho en otros términos se volverá indispensable comprimir el consumo para acumular mucho más capital reproductivo. ¿Pero qué consumo habrá que comprimir? ¿Cómo incidirá este proceso sobre los diferentes estratos sociales?

Ya había, desde luego, una gran exigencia de acrecentar la acumulación en la periferia. Sin ello no podrían integrarse socialmente las grandes masas que han quedado excluidas en forma persistente de las ventajas del desarrollo ni corregir otras fallas del sistema. Sin embargo, como vengo sosteniendo en mis escritos, esa integración social es incompatible con el desenvolvimiento de la sociedad privilegiada de consumo y su vinculación con las transnacionales. Es incompatible porque en la imitación del consumo de los centros se malogra una gran parte del potencial de acumulación de capital que el aumento de la productividad ha traído consigo. Y además se malogra

debido a la succión de ingresos por los centros, en lo cual las transnacionales participan activamente. (No digo que no sean útiles en ciertos campos. Pero hay que proceder con gran sentido selectivo y de acuerdo con nuevas reglas de juego).

No vacilo en anotar de paso que en la periferia latinoamericana no podrá atacarse eficazmente estos asuntos sin establecer el uso social del excedente. Ello no sólo depende de cambios fundamentales en la estructura del poder sino que también exige discernir claramente los designios que se persiguen y la forma de lograrlos en esta transformación del sistema.

No deseo desviarme más y retomo el hilo de mi discurso. Además de agravarse el problema de la acumulación, como sugerí hace un momento, se acentuará también la tendencia al estrangulamiento exterior de la periferia, tendencia que viene de mucho tiempo atrás y a la cual el alza del petróleo le ha dado extraordinaria intensidad.

Son bien conocidos los términos en que se plantea esta última cuestión. Es una tendencia inherente al desarrollo, dadas las grandes diferencias estructurales con los centros. Estos, infortunadamente, nada importante han hecho para que la periferia pueda acrecentar vigorosamente sus exportaciones industriales a ellos, además de las primarias. Más aun, cuando en algunos bienes esas exportaciones alcanzaron un vuelo significativo, no tardaron en sobrevenir diversas restricciones.

Por eso hablé anteriormente de la incógruencia de los centros. Alientan la sociedad privilegiada de consumo, disfrutan de ella y, sin embargo, ponen obstáculos exteriores a la expansión de sus exportaciones y al pago de sus remesas financieras.

Ya se están sintiendo las consecuencias de la crisis de los centros sobre la tendencia al estrangulamiento. Hay dos manifestaciones importantes. Por un lado, la disminución del ritmo de crecimiento de aquéllos. Por otro lado, el deterioro de la relación de precios del intercambio. Detengámonos un momento sobre esto último, pues sobre lo primero huelgan comentarios.

El deterioro se explica tanto por el encarecimiento del precio de las importaciones de petróleo y sus derivados como por el de los bienes importados desde los centros debido a la inflación.

Aquí también influyen aquellas diferencias estructurales que explican la característica diferencia de la demanda de bienes que exporta la periferia con la de los bienes exportados por los centros. En general la de aquéllos tiende a crecer con mayor intensidad que la de éstos. Así pues resulta difícil a la periferia trasladar el alza de sus costos de producción como hacen los centros con los bienes que exportan. Más aun, si se añade a esto el aumento de costos internos provocados por medidas de defensa del medio ambiente. Compárese, por ejemplo, los bienes de alta elasticidad ingreso de la demanda mundial que exporta Alemania Occidental con la débil elasticidad de las manufacturas que exporta América Latina y se comprenderá mejor la índole de este asunto.

Por lo demás, la incidencia de estos hechos sobre la producción y las exportaciones agrícolas suele ser seria, pues al encarecimiento del petróleo se agrega el de los abonos y pesticidas de origen petroquímico.

Los productos agrícolas, además, merecen un comentario aparte. En el informe preliminar del Profesor Sunkel se menciona la degradación de los suelos por el cultivo depredatorio y la deforestación. Y se anota este fenómeno corriente en la periferia. La exportación de ciertos productos agrícolas contiene la parte de la riqueza natural que se pierde por el cultivo depredatorio, y sin que ello figure en el costo de producción. Y así se pagan importaciones destinadas en parte a la sociedad privilegiada de consumo, según esta aguda observación de Sunkel. Es cierto que tarde o temprano se impone recuperar la fertilidad perdida con el empleo de aquellos abonos petroquímicos que han subido de precios y otras medidas. Y aquí encontramos un problema adicional debido a aquella debilidad periférica para trasladar internacionalmente sus mayores costos de producción.

Hay otro aspecto en esto que conviene señalar. Me refiero a la demanda de los productos agrícolas de las zonas templadas del mundo, la cual, a través de sus típicas fluctuaciones, ha subido persistentemente, aunque con ritmo inferior a la de los productos manufacturados. Este crecimiento de la demanda ha llevado a sustituir la energía animal por el petróleo, y el abono natural por el abono petroquímico. Esto último, ha contribuido a aumentar los rendimientos por hectárea. Pues



bien, la tendencia de la demanda no ha resultado suficiente para absorber sin caídas de precios el aumento de producción. Ello ha sido un factor desfavorable al incremento de la producción, lo cual ha tendido a moderar el deterioro relativo de los precios.

En esto los centros han probado una vez más su superioridad de ajuste frente a la periferia. Pues para detener la caída, y aun mejorar los precios, han restringido la producción o las importaciones de productos agrícolas. En tanto que los países periféricos han tratado de corregir su debilidad mediante acuerdos de productos que generalmente despiertan grandes resistencias en los centros, por el temor de éstos de que suban los precios.

En fin de cuentas, no estamos en presencia de nuevos problemas sino de viejos problemas que se han vuelto muy serios. Vienen presentándose de mucho tiempo atrás y los centros han sido renuentes a tomar medidas para ayudar a la periferia a resolverlos. Lo han sido en los largos años de bonanza que preceden al alza del petróleo: ¿podría esperarse que cambien de actitud mientras se prolongan sus crisis?

En verdad los centros llevados por su interés inmediato no han abarcado aun en toda su significación los efectos adversos de la técnica sobre la periferia, además de su contribución al bienestar. Pero no podrán escapar a las consecuencias económicas, políticas y estratégicas de esos efectos adversos, mucho más serios ahora. Como dije recientemente en la UNCTAD V en Manila: "Los centros no podrán aislarse con un cordón sanitario de los acontecimientos adversos de

la periferia. Por primera vez están hablando de interdependencia. Claro, interdependencia entre desiguales, pero de todos modos la repercusión adversa que ocurrirá en la periferia de la falta de acción de los centros reaccionará tarde o temprano sobre los mismos centros. Tal es la complejidad actual del mundo."

"Nuestros países en desarrollo tendrán también que convencerse que no hay cordones sanitarios internos que aislen aquellos grupos favorecidos por el desarrollo de los que han quedado atrás. No los hay, y el sentido más elemental de previsión, que es una manifestación de hombres de Estado esclarecidos, es reconocer esos hechos."



